

SAN JOSÉ ARTESANO

1 de mayo de 2002

Amados hermanos en nuestro Señor Jesucristo:

La fiesta del primero de mayo es relativamente reciente; la Iglesia la instituyó para catolizar una fiesta civil del trabajo que había sido incluso enarbolada por la revolución, por los principios sediciosos que fermentaron y corrompen las clases más pobres debido a la injusticia no de la religión, de la fe, sino del capitalismo, cuyo hijo es el comunismo. La rebelión comunista hija del liberalismo capitalista fermentaba las capas sociales más afectadas por esta injusticia social, lejos de la de Dios, de la justicia divina. Como era costumbre, la Iglesia trató de catolizar las fiestas y las procesiones paganas, así instituyó las rogativas. Ha hecho igual con esta fiesta civil y revolucionaria del trabajo del primero de mayo, nombrando Patrono de todos los trabajadores a San José artesano. Digo artesano porque la palabra obrero hoy significa o tiene un tono peyorativo de proletario y San José no fue eso. Sí fue muy pobre, pero no a la manera que hoy se entiende esa palabra. Él fue de oficio un trabajador que vivía de la carpintería y a la que dignificaba con el sudor de su frente.

El trabajo, no es un castigo como muchos zánganos piensan, lo tenía incluso Adán antes de haber pecado. Lo que es un castigo es el sudor debido al trabajo y las incomodidades, las dificultades y los abrojos. Pero el trabajo en sí no es una tortura. Y Dios dijo que nos ganaríamos el pan con el sudor de nuestra frente, para mostrar su parte ardua; y a la mujer que pariría con dolor. Entonces ni el parto ni el trabajo son castigos; si el dolor y el sudor son bien llevados, cristianamente, santifican, es lo que hoy no entendemos. Mucho menos lo comprenden el comunismo y el marxismo, que le quitan al pobre incluso lo único digno que tiene, laborar con sudor, porque por más que le prometan no le mejoran su condición con esas teorías; entonces le roban lo único que tiene para santificarse, aceptar como todos debemos hacerlo, la faena con sudor y así ofrecerlo a Dios. Por eso, la Iglesia coloca a San José como el ejemplo de ese trabajo digno, aunque pobre.

Toda la grandeza de este santo le viene por ser el esposo de Nuestra Señora, así como toda la grandeza de la Santísima Virgen María le viene por ser la Madre de Dios. San José es el custodio fiel, casto, puro. Es inimaginable esa santidad, el tener a su lado bajo su custodia a los dos seres más grandes que ha habido en la tierra, nuestro Señor y la Santísima Virgen María. Y San José era el jefe de esa familia a la cual la Virgen obedecía como sumisa esposa y no como la mujer liberada de hoy, que no tiene la sumisión (por eso no viene a la capilla con velo, porque instintivamente sabe muy bien que el velo la hace sumisa; ese es todo el problema). No quiere la mujer moderna aceptar este acatamiento, porque fue creada para el hombre, pero es difícil hacerlo entender en medio de ideas liberales, revolucionarias, feministas, que degradan a la mujer.

Da vergüenza que las mujeres paganas, o las musulmanas, en su error sean más sumisas que la mujer occidental que se dice o se cree católica; está mucho más acorde una mujer oriental, china o japonesa en su error budista o lo que fuere, que una mujer occidental cristiana. Duele decirlo pero sencillamente es la realidad y la verdad. Basta ir a un país de Oriente, como en Siria, para ver que las mujeres vestidas con pantalón y minifalda son las católicas; mientras que las musulmanas van con vestido largo y debajo del vestido llevan pantalón por si se les levanta el vestido. Las modernizadas son las católicas; no me lo cuenta nadie, lo he visto. Debiera ser todo lo contrario, la mujer católica ejemplo de nuestra Señora, sumisa, humilde, bondadosa, cariñosa en el hogar con sus hijos y con su esposo; así lo era nuestra Señora con San José y el niño Jesús, Su Hijo amado. Este es ejemplo de la familia cristiana pura y casta.

La santidad de San José, de quien el Evangelio, de las pocas cosas que dice de él, es que era un hombre justo. Esa justicia es la santidad, el equilibrio de la virtud. San José debiera ser entonces nuestro modelo. Por ser el custodio de la Sagrada familia es el Patrono y protector de la Iglesia. Qué más Iglesia que allí donde está Jesús, la Sagrada familia; por eso mismo es el defensor, el gran Patrono de la Iglesia y debemos recurrir a él en estas grandes tribulaciones, claudicaciones, pérdida de fe, donde el demonio parece imperar verdaderamente.

Hay que pedirle protección a San José, para que nosotros permanezcamos fieles a la tradición católica, porque no hay otra Iglesia fuera de ella, como la que hoy quieren inventar. No hay ni puede haber dos Iglesias; lo que puede haber es una apariencia, la parte accidental, pero no la esencia de la Iglesia que está allí en la tradición y en la fe católica, y eso debemos tenerlo presente.

Pero hay más, San José era de la familia real de David, descendiente de Salomón, como dice San Mateo al exponer la genealogía de nuestro Señor a través de San José. Porque resulta que San José era primo hermano de la Santísima Virgen María. Por eso en la genealogía de San José se da la de la mamá de la Virgen María, de Santa Ana, que era hermana del padre de San José, Jacobo, y que juntamente con Sobé (mamá de Santa Isabel, por eso Santa Isabel es prima hermana de San José y de la Santísima Virgen María) eran los tres hermanos. Es más, San José tuvo un hermano que se llamó Cleofás o Alfeo, esposo de María, que tuvo a Salomé y ésta se casó con Zebedeo y tuvo a San Juan evangelista y a Santiago el mayor; los hermanos de Salomé, San Judas y otros hermanos, eran sobrinos de San José y por eso se les llama hermanos en el sentido de que eran familiares, es decir primos hermanos, como vemos en el evangelio de hoy: "...y sus hermanos Santiago y José, Simón y Judas...". No son hermanos carnales pero sí en el sentido amplio que se tenía y se tiene en Oriente de la misma familia. Con esa doble genealogía que expone San Mateo y San Lucas, tenemos la del papá de la Santísima Virgen, Natán y los otros por la vía de Salomón, ambos hijos del Rey David con distintas mujeres.

Sabemos que David fue un gran pecador pero después se arrepintió y fue un gran santo. Detrás de todo penitente que se convierte, hay un gran santo; esos son los misterios de las grandezas en el bien o en el mal y todos los Salmos prácticamente no hacen más que cantar esos himnos del rey David que la Iglesia reza todos los días en el breviario. A tal altura de santidad llegó el rey David después de ser un gran pecador, un adúltero y hasta un asesino porque mandó prácticamente a matar al esposo de la mujer que él había codiciado, mandándolo a la guerra, para que allí en el frente de batalla, si no lo caía por el enemigo alguien más se encargara de él. Que nos sirva de muestra; por muy pecadores que llegemos a ser podemos seguir el ejemplo del rey David y sacar de ese barro de pecado, pureza y santidad si nos convertimos y somos fieles a Dios.

Pidamos a San José que nos dé esa fortaleza en la virtud para seguir su ejemplo y santificarnos cada uno en el desempeño, en el trabajo cotidiano ofrecido santamente a Dios.